

LEER EN BICICLETA

PÁGINAS DE ANIMACIÓN A LA LECTURA

Nº61 OCTUBRE DE 2016



Cualquiera puede enfadarse, eso es fácil; pero hacerlo con la persona adecuada, en la medida exacta, en el momento oportuno y con un propósito justo, así como de la manera correcta, eso no está al alcance de cualquiera y no es tan sencillo.

ARISTÓTELES

(384 a.C. - 332 a.C.)

Fragmento del libro de Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, Editorial Losada, Buenos Aires, 2004

FOTO: NICK DOREY

BUAP



DR. J. ALFONSO ESPARZA ORTIZ
Rector

DR. RENÉ VALDIVIEZO SANDOVAL
Secretario General

MTRO. JOSÉ CARLOS BERNAL SUÁREZ
Director de Comunicación Institucional

MTRA. ANA ELSA URÍAS HERNÁNDEZ
Subdirectora de Comunicación Institucional

LEER EN BICICLETA

Director: Hugo Diego.

Diseño: Armando Hatzacorsian.

Administración y distribución: Dirección de Comunicación Institucional.

Concepto: El taller de la bicicleta.

Dirección: 4 Sur 303,
Centro Histórico, Puebla, C.P. 72000.

Tel: (01 222) 2295500 ext. 5270

Correo electrónico: leerenbicicleta@msn.com

LEER EN BICICLETA, Año 6, No. 61, octubre de 2016, es una publicación mensual, editada por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, con domicilio en 4 Sur No. 104, Colonia Centro, C.P. 72000, Puebla, Pue, y distribuida a través de la Dirección de Comunicación Institucional, con domicilio en calle 4 sur No. 303, Colonia Centro Histórico, C.P. 72000, Puebla, Pue., Tel. (222) 2295500, Ext. 5270 y 5289, página electrónica: <http://www.leerenbicicleta.com>, correo electrónico: leerenbicicleta@msn.com Editor responsable: Hugo Diego Blanco, correo electrónico: hugodiego@msn.com, Reserva de derechos al uso exclusivo 04-2014-021310065900-102, ISSN: (en trámite), ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Con Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido: 16594, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Edigrafic, S.A. de C.V., Calle "B" No. 8, Col. Parque Industrial Puebla 2000, Puebla, Pue. C.P. 72225, Teléfono: 282-63-56, correo electrónico: edigrafic@eninfinitum.com, este número se terminó de imprimir en octubre de 2016 con un tiraje de 10 mil ejemplares. Ejemplar Gratuito.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

PROHIBIDA SU VENTA

SAPIENS

Para comprender nuestra naturaleza, historia y psicología, hemos de penetrar en la cabeza de nuestros antepasados cazadores-recolectores. Durante casi la totalidad de la historia de nuestra especie, los sapiens vivieron como recolectores de alimento. Los últimos 200 años, durante los cuales un número cada vez mayor de sapiens han obtenido su pan de cada día como trabajadores urbanos y oficinistas, y los 10,000 años precedentes, durante los cuales la mayoría de los sapiens vivieron como agricultores y ganaderos, son como un parpadeo comparados con las decenas de miles de años durante los cuales nuestros antepasados cazaron y recolectaron.

El campo floreciente de la psicología evolutiva argumenta que muchas de nuestras características sociales y psicológicas actuales se modelaron durante esta larga era pre agrícola. Incluso en la actualidad, afirman los expertos de este campo, nuestro cerebro y nuestra mente están adaptados a una vida de caza y recolección. Nuestros hábitos alimentarios, nuestros conflictos y nuestra sexualidad son resultado de la manera en que nuestra mente cazadora-recolectora interactúa con nuestro ambiente postindustrial actual, con sus megaciudades, aviones, teléfonos y ordenadores. Este ambiente nos proporciona más recursos materiales y una vida más larga de los que gozó cualquier generación anterior, pero a veces hace que nos sintamos



FOTO: ANDRE' KELLY

alienados, deprimidos y presionados. Para comprender el porqué, aducen los psicólogos evolutivos, necesitamos ahondar en el mundo de los cazadores-recolectores que nos modeló, el mundo que, en el subconsciente, todavía habitamos.

¿Por qué razón, si no, la gente se atiborra de comida con un elevado contenido calórico que no le hace ningún bien al cuerpo? Las sociedades ricas actuales están a punto de padecer una plaga de obesidad, que se está extendiendo rápidamente a los países en vías de desarrollo. La razón por la que nos regodeamos en los alimentos más dulces y grasientos que podemos encontrar es un enigma, hasta que consideramos los hábitos alimentarios de nuestros ancestros recolectores. En las sabanas y los bosques en los que habitaban, los dulces con un alto contenido calórico eran muy raros y la comida en general era escasa. Un recolector medio de comida de hace 30,000 años solo tenía acceso a un tipo de alimento dulce: la fruta madura y la miel. Si una mujer de la Edad de Piedra daba con un árbol cargado de higos, la cosa más sensata que podía hacer era comer allí mismo tantos como pudiera, antes de que la tropilla de papiones local dejara el árbol vacío. El instinto de hartarnos de comida de alto contenido calórico está profundamente arraigado en nuestros genes. En la actualidad, a pesar de que vivimos en apartamentos de edificios de muchos pisos y con frigoríficos atestados de comida, nuestro ADN piensa todavía que estamos en la sabana. Esto es lo que nos hace tragarnos una copa grande de helado Ben & Jerry cuando encontramos una en el congelador, y la acompañamos con una Coca-Cola gigante.

Esta teoría del «gen tragón» está ampliamente aceptada. Otras teorías son mucho más discutidas. Por ejemplo, algunos psicólogos evolutivos aducen que las antiguas bandas de humanos que buscaban comida no estaban compuestas de familias nucleares centradas en parejas monógamas. Por el contrario, los recolectores vivían en comunas carentes de propiedad privada, relaciones monógamas e incluso paternidad. En una banda de este tipo, una mujer podía tener relaciones sexuales y formar lazos íntimos con varios hombres (y mujeres) simultáneamente, y todos los adultos de la banda cooperaban en el cuidado de sus hijos. Puesto que ningún hombre sabía a ciencia cierta cuál de los niños era el suyo, los hombres demostraban igual preocupación por todos los jóvenes.

Esta estructura social no es una utopía propia de la era de Acuario. Está bien documentada entre los animales, en especial en nuestros parientes más próximos, los chimpancés y los bonobos. Existen incluso varias culturas humanas actuales en las que se practica la paternidad colectiva, como, por ejemplo, los indios barí. Según las creencias de dichas sociedades, un niño no nace del espermatozoide de un único hombre, sino de la acumulación de espermatozoides en el útero de una mujer. Una buena madre intentará tener rela-

ciones sexuales con varios hombres diferentes, en especial cuando está embarazada, de manera que su hijo goce de las cualidades (y del cuidado paterno) no solo del mejor cazador, sino también del mejor narrador de cuentos, del guerrero más fuerte y del amante más considerado. Si esto parece ridículo, recuerde el lector que hasta el desarrollo de los estudios embriológicos modernos, la gente no disponía de pruebas sólidas de que los bebés son siempre hijos de un único padre y no de muchos.

Los defensores de esta teoría de la «comuna antigua» argumentan que las frecuentes infidelidades que caracterizan a los matrimonios modernos, y las elevadas tasas de divorcio, por no mencionar la cornucopia de complejos psicológicos que padecen tanto niños como adultos, es el resultado de obligar a los humanos a vivir en familias nucleares y relaciones monógamas, que son incompatibles con nuestro equipo lógico biológico.

Muchos estudiosos rechazan de forma vehemente esta teoría, e insisten que tanto la monogamia como la formación de familias nucleares son comportamientos humanos fundamentales. Aunque las antiguas sociedades cazadoras-recolectoras tendían a ser más comunales e igualitarias que las sociedades modernas, aducen estos investigadores, estaban constituidas por células separadas, cada una de las cuales estaba formada por una pareja celosa y los hijos que tenían en común. Esta es la razón de que hoy en día las relaciones monógamas y las familias nucleares sean la norma en la inmensa mayoría de las culturas, de que hombres y mujeres tiendan a ser muy posesivos con su pareja y con sus hijos, y de que incluso en estados modernos como Corea del Norte y Siria la autoridad política pase de padre a hijo.

Con el fin de resolver esta controversia y de entender nuestra sexualidad, nuestra sociedad y nuestra política, necesitamos conocer algo acerca de las condiciones de vida de nuestros antepasados, para examinar de qué manera vivieron los sapiens entre la revolución cognitiva de hace 70,000 años y el inicio de la revolución agrícola hace unos 12,000 años.

Lamentablemente, existen muy pocas certezas en lo que a la vida de nuestros antepasados se refiere. El debate entre las escuelas de la «comuna antigua» y de la «monogamia eterna» se basa en pruebas endebles. Sin duda, carecemos de documentos escritos de la época de nuestros ancestros, y las pruebas arqueológicas consisten principalmente en huesos fosilizados y utensilios líticos. Los artefactos hechos con materiales más perecederos (como madera, bambú o cuero) sobreviven solo en condiciones únicas. La impresión común de que los humanos pre agrícolas vivían en una Edad de Piedra es una idea falsa basada en este sesgo arqueológico. Sería más exacto llamar Edad de la Madera a la Edad de Piedra, porque la mayoría de los utensilios utilizados por los antiguos cazadores-recolectores estaban hechos de madera.

YUVAL NOAH HARARI

(1976-)

Tomado del libro de Yuval Noah Harari,
De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad, Editorial Debate, Madrid, 2015.

EL ORIGEN DE LAS EMOCIONES

Sería impensable hablar de las emociones sin evocar la obra de Charles Darwin. El brillante naturalista británico, más famoso por ser el padre de la teoría de la selección natural y la evolución, no desdeñó la importancia de comprender cómo nos emocionamos. En 1872, unos doce años después de *Sobre el origen de las especies*, Darwin publicó un interesante volumen titulado *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, su mayor legado en el campo de la psicología.

Darwin basó su trabajo en unas pocas fuentes originales. En primer lugar, en el curso de varias cenas en su casa de campo en Kent, Darwin pidió a sus invitados que describieran y comentaran las emociones que reconocían en una serie de imágenes. Las imágenes que les mostró eran once fotografías en blanco y negro tomadas por el anatomista francés Guillaume Benjamin-Armand Duchenne. En ellas se veía el rostro de un anciano al que Duchenne había aplicado electrodos que galvanizaban músculos específicos, lo cual provocaba una variedad de expresiones faciales. Darwin pidió a sus invitados que describieran qué emoción pensaban que mostraba la cara del anciano. Coleccionista infatigable, Darwin jamás había dejado de buscar retratos de la emoción. Exploró galerías y librerías en busca de imágenes y grabados que pudieran ampliar su investigación. Finalmente, formó equipo con un fotógrafo, Oscar Rejlander, para que le ayudara a captar momentos fugaces de las emociones que perseguía. Aunque, de acuerdo con los patrones modernos, el experimento de Darwin no se considera científico —porque sólo abarcó veintitrés invitados y sus fuentes eran diversas y de discutible objetividad, fue una empresa extremadamente original y reveladora para su época. El uso que Darwin hizo de las fotografías y los retratos también constituyó un enorme salto en la historia de la ilustración científica.

El principal mérito del libro de Darwin fue presentar las emociones como resultado de la evolución. Al describir en detalle las expresiones emocionales en animales y en seres humanos, Darwin dejó sentado que las emociones son comparables a través del reino animal. Con eso no quería decir, por ejemplo, que la ira que experimentaba un ser humano pudiera equipararse por completo con el furioso ladrido de un perro, ni que la ansiedad humana fuera exactamente lo mismo que el miedo de un gato, pero sí que, desde el punto de vista de la evolución, las finalidades de los mecanismos de defensa y protección que se hallaban detrás de tales emociones eran análogas. Darwin pensaba que cada emoción tiene finalidades adaptativas y sus propios orígenes evolutivos en animales inferiores. De la misma manera que nuestros ojos, nuestras piernas y otras partes de nuestra anatomía, también las emociones —y todos los circuitos cerebrales y las distintas partes del cuerpo necesarias para tener experiencia de ellas— han evolucionado con la selección natural. En este marco general, es fácil advertir que la importancia del penetrante estudio de Darwin reside en que constituye una confirmación de que las emociones son, primero y ante

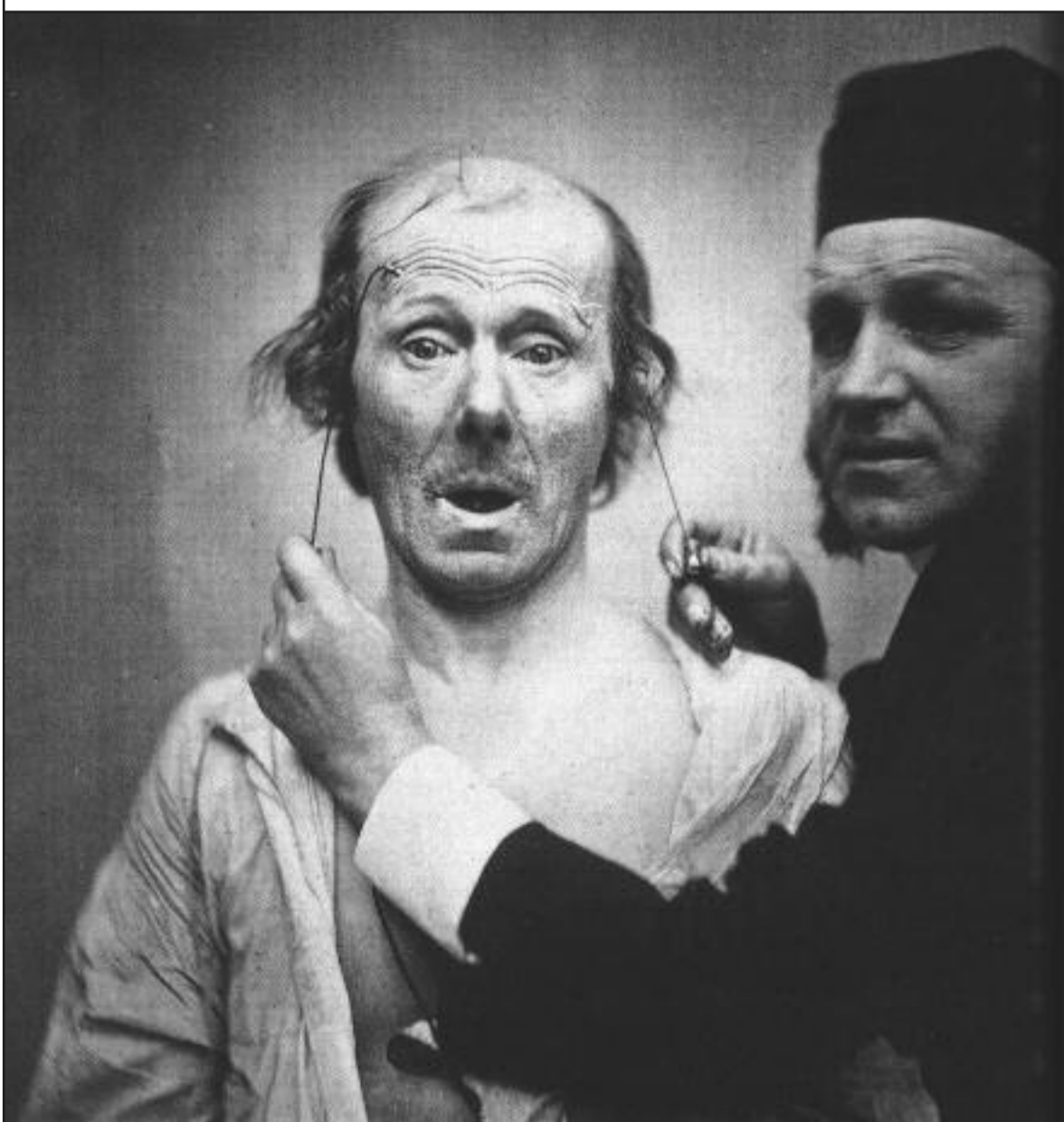
todo, algo que tiene lugar en el cuerpo: una respuesta fisiológica a los acontecimientos que se producen en el medio —o, por supuesto, una consecuencia del pensamiento y de la imaginación que los evoca—, respuesta que se manifiesta a través de diversos cambios fisiológicos.

En esencia, esta visión, a la luz de los conocimientos de la neurociencia moderna y de la investigación de las emociones en animales inferiores, como los roedores, mantiene su vigencia en nuestros días. La mayor parte de la gente pregunta con escepticismo: ¿cómo se puede estudiar la ira, la alegría o la ansiedad en un ratón o en una rata? La respuesta es simple: no se puede. Ningún científico hace tal cosa. Lo único que se analiza en el laboratorio son los aspectos universales de la emoción, los que están a cargo de circuitos específicos que permiten a los animales y a los seres humanos sobrevivir y desarrollarse. En términos evolutivos, el estudio de Darwin sobre las expresiones sugería que todos los organismos despliegan mecanismos emocionales primordiales innatos que se han conservado y que nos ayudan a sobrevivir. En los extremos opuestos de una escala de estos mecanismos se hallan la aproximación y la evitación, que son estrategias para lograr placer y evitar el dolor, respectivamente. Por ejemplo, el acceso al alimento y el sexo son, por supuesto, poderosos motivos para la aproximación, porque proporcionan alegría y gratificación, además de promover la supervivencia y la reproducción. Por el contrario, la presencia de depredadores u otras situaciones que producen miedo estimulan la fuga y la evitación.

GIOVANNI FRAZZETTO

(1980-)

Tomado del libro de Giovanni Frazzetto,
*Cómo sentimos, sobre lo que la neurociencia puede
y no puede decirnos acerca de nuestras emociones*,
Anagrama, Barcelona 2014.



SEÑAS DELIRANTES

Los gestos frenéticos e insensatos del hombre enfurecido pueden atribuirse, en parte, a la falta de dirección de la fuerza nerviosa producida, y en parte a los efectos de la costumbre; porque sus gestos representan vagamente con frecuencia la acción de pegar. [...]

La misma observación es aplicable al hombre indignado que se coloca, sin tener conciencia de ello, en la actitud que sería conveniente para atacar a su adversario, bien que no tenga en manera alguna la intención de atacarle en efecto.

Vemos aún la influencia de la costumbre en todas las emociones y sensaciones calificadas de excitantes que han revestido este carácter a consecuencia del hecho de haber tenido ordinariamente por resultado cualquier acción enérgica. Y esta acción afecta indirectamente los síntomas de la respiración y de la circulación, los cuales obran en seguida sobre el cerebro; mas, cuando estas emociones y estas sensaciones son experimentadas en un débil grado y no provocan ningún acto exterior, nuestra economía entera no es por esto menos conmovida, por la fuerza de la costumbre y de la asociación.

Se califica de deprimentes otras emociones y sensaciones, porque no dan generalmente lugar a un movimiento enérgico (si se exceptúa el que

puede sobrevenir, por ejemplo, en el primer momento en un dolor vivo, el espanto o la pena); además, porque estas emociones acaban por producir un agotamiento completo; así es que se expresan, sobre todo, por señales negativas y por postración.

Por último, hay otras emociones, como el afecto, que no traen generalmente ninguna clase de acto, y por lo tanto no se revelan por señales exteriores bien marcadas. El afecto, no obstante, innecesario es decirlo, como sensación agradable, excita las señales ordinarias del placer.

Algunos afectos debidos a la excitación del sistema nervioso parecen ser, por el contrario, enteramente independientes del flujo de la fuerza nerviosa en las vías de las cuales el ejercicio anterior de la voluntad le había dado la costumbre.

Los efectos de este orden, que revelan a menudo el estado de espíritu del individuo, aún no han sido explicados. Citaré como ejemplos el cambio de color de los cabellos producido por un sentimiento excesivo de terror o de sufrimiento, el sudor frío y el temblor muscular que provoca el temor, las modificaciones de las secreciones digestivas y la detención del funcionamiento de ciertas glándulas. [...]

Todo acto, cualquiera que sea su naturaleza, que acompaña constantemente un estado determinado del espíritu, se hace expresivo en seguida. Es, por ejemplo, la agitación de la cola en el perro, el encogimiento de hombros en el hombre, la erección de los pelos, la secreción de sudor, las modificaciones de la circulación capilar, la dificultad de la respiración, la producción de sonidos diversos por el órgano de la voz o por otros mecanismos. Hasta los insectos expresan la cólera, el terror, los celos, valiéndose de su zumbido. En el hombre, los órganos respiratorios desempeñan en la expresión un papel capital. [...]

El asunto de estos estudios presenta pocos puntos tan interesantes como la serie prodigiosamente compleja de los fenómenos, cuyo último término es la producción de ciertos movimientos expresivos.

Piénsese, por ejemplo, en la oblicuidad de las cejas en un hombre que sufre o se atormenta.

Cuando el niño se pone a gritar, bajo la influencia del hambre o del dolor, la circulación se detiene y los ojos tienden a congestionarse; a consecuencia de esto, los músculos que les rodean se contraen enérgicamente para proteger dichos órganos.



FOTOS: GUILLAUME-BENJAMIN-AMAND DUCHENNE,
MÉCANISME DE LA PHYSIONOMIE HUMAIN, 1862.

CHARLES DARWIN

(1809-1882)

Tomado del libro de Charles Darwin, *La expresión de las emociones (en el hombre y los animales)*, Editorial Laetoli, Barcelona, 2009.





LA GUERRA

No queremos comenzar con una definición altisonante y grave de la guerra, sino limitarnos a su esencia, el duelo. La guerra no es más que un duelo en una escala más amplia. Si quisiéramos concebir como una unidad los innumerables duelos residuales que la integran, podríamos representárnosla como dos luchadores, cada uno de los cuales trata de imponer al otro su voluntad por medio de la fuerza física; su propósito siguiente es abatir al adversario e incapacitarlo para que no pueda proseguir con su resistencia. La guerra constituye, por tanto, un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad.

La fuerza, para enfrentarse a la fuerza, recurre a las creaciones del arte y de la ciencia. Se acompañan éstas de restricciones insignificantes, que apenas merecen ser mencionadas, las cuales se imponen por sí mismas bajo el nombre de usos del derecho de gentes, pero que en realidad no debilitan su poder. La fuerza, es decir, la fuerza física (porque no existe una fuerza moral fuera de los conceptos de ley y de Estado) constituye así el medio; imponer nuestra voluntad al enemigo es el objetivo. Para estar seguros de alcanzar este objetivo tenemos que desarmar al enemigo, y este desarme constituye, por definición, el propósito específico de la acción militar: reemplaza al objetivo y en cierto sentido prescinde de él como si no formara parte de la propia guerra. [...]

Muchos espíritus dados a la filantropía podrían fácilmente imaginar que existe una manera artística de desarmar o abatir al adversario sin un excesivo derramamiento de sangre, y que esto sería la verdadera tendencia del arte de la guerra. Se trata de una concepción falsa que debe ser rechazada, pese a todo lo agradable que pueda resultar. En temas tan peligrosos como es el de la guerra, las falsas ideas surgidas del sentimentalismo son precisamente las peores. Siendo así que el uso de la fuerza física en su máxima extensión no excluye en modo alguno la cooperación de la inteligencia, el que se sirva de esta fuerza sin miramiento ni recato ante el derramamiento de sangre habrá de obtener ventaja sobre el adversario, siempre que éste no actúe del mismo modo. Así, cada uno justifica al adversario y cada cual impulsa al otro a adoptar medidas extremas, cuyo límite no es otro que el contrapeso de la resistencia que le oponga el contrario. Forzosamente tenemos que darle al tema este enfoque, ya que tratar de ignorar como elemento constitutivo la brutalidad porque despierta repugnancia significaría una tentativa inútil o algo peor. [...]

En las luchas entre los hombres intervienen en realidad dos elementos dispares: el sentimiento hostil y la intención hostil. Hemos elegido el último de ellos como rasgo distintivo de nuestra definición porque es el más general. Es inconcebible que un odio salvaje, casi instintivo, exista sin una intención hostil, mientras que se dan casos de intenciones hostiles que no van acompañados de ninguna hostilidad o, por lo menos, de ningún sentimiento hostil que predomine.

KARL
VON CLAUSEWITZ
(1780-1831)

Tomado del libro de Karl Von Clausewitz, *De la guerra*, La esfera de los libros, Madrid, 2005.

IMAGEN: OTTO DIX, SOLDADO HERIDO, 1916

Si quieres considerar ahora sus efectos y estragos [de la ira], verás que ninguna calamidad costó más al género humano. Verás los asesinatos, envenenamientos, las mutuas acusaciones de cómplices, la desolación de ciudades, las ruinas de naciones enteras, las cabezas de sus jefes vendidas al mejor postor, las antorchas incendiarias aplicadas a las casas, las llamas franqueando los recintos amurallados y en vastas extensiones de país brillando las hogueras enemigas. Considera aquellas insignes ciudades cuyo asiento apenas se reconoce hoy: la ira las destruyó; contempla esas inmensas soledades deshabitadas; la ira formó esos desiertos. Considera tantos varones eminentes transmitidos a nuestra memoria «como ejemplos del hado fatal»: la ira hiere a uno en su lecho, a otro en el sagrado banquete; inmola a éste delante de las leyes en medio del espectáculo del foro, obliga a aquél a dar su sangre a un hijo parricida; a un rey a presentar la garganta al puñal de un esclavo, a aquel otro a extender los brazos en una cruz. Y hasta ahora solamente he hablado de víctimas aisladas; ¿qué será si omitiendo aquellos contra quienes se ha desencadenado particularmente la ira, fijas la vista en asambleas destruidas por el hierro, en todo un pueblo entregado en conjunto a la espada del soldado, en naciones enteras confundidas en la misma ruina, entregadas a la misma muerte... como habiendo abandonado todo cuidado propio o despreciado la autoridad? ¿Por qué se irrita tan injustamente el pueblo contra los gladiadores si no mueren en graciosa actitud? considérase despreciado, y por sus gestos y violencias, de espectador se trueca en enemigo. Este sentimiento, sea el que quiera, no es ciertamente ira, sino cuasi ira; es el de los niños que, cuando caen, quieren que se azote al suelo, y frecuentemente no saben contra quién se irritan: irrítanse sin razón ni ofensa, pero no sin apariencia de ella ni sin deseo de castigar. Engañanles golpes fingidos, ruegos y lágrimas simuladas les calman, y la falsa ofensa desaparece ante falsa venganza.

«Nos irritamos con frecuencia, dicen algunos, no contra los que ofenden, sino contra los que han de ofender, lo cual demuestra que la ira no brota solamente de la ofensa». Verdad es que nos irritamos contra los que han de ofendernos; pero nos ofenden con sus mismos pensamientos, y el que medita una ofensa, ya la ha comenzado. «Para que te convenzas, dicen, de que la ira no consiste en el deseo de castigar, considera cuántas veces se irritan los más débiles contra los más poderosos: ahora bien, éstos no desean un castigo que no pueden esperar». En primer lugar, hemos dicho que la ira es el deseo y no la facultad de castigar, y los hombres desean también aquello que no pueden conseguir. Además, nadie es tan humilde que no pueda esperar vengarse hasta del más encumbrado: para hacer daño somos muy poderosos. La definición de Aristóteles no se separa mucho de la nuestra, porque dice que la ira es el deseo de devolver el daño. Largo sería examinar detalladamente en qué se diferencia esta definición de la nuestra. Objétase contra las dos que los animales sienten la ira y esto sin recibir daño, sin idea de castigar o de causarlo, porque, aunque lo causen, no lo meditan. Pero debemos contestar que los animales carecen de ira, como todo aquello que no es hombre; porque, si bien enemiga de la razón, solamente se desarrolla en el ser capaz de razón. Los animales sienten violencia, rabia, ferocidad, arrebato, pero no conocen más la ira que la lujuria, aunque para algunas voluptuosidades sean más intemperantes que nosotros.

EL DESIERTO DEL ALMA

SÉNECA

(4 a.C.-65 d.C.)

Tomado del libro de Séneca, *Sobre la ira*, Artemisa ediciones, Tenerife, 2007.



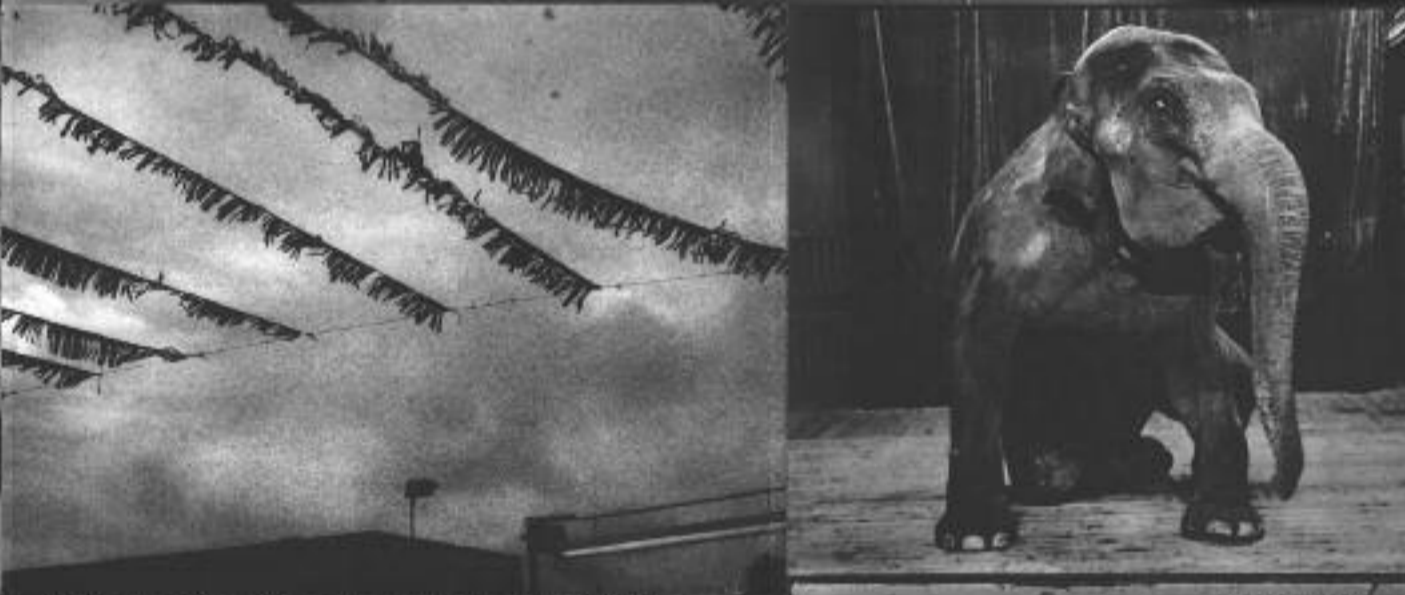
IMAGEN: FRANCISCO DE GOYA, *ESTO ES PEOR*, 1812-1815

POBR

FOTOS: SARAH MOON



RES EN AMOR



Los pobres en amor, qué pobres somos.
Ya ni la tierra nos parece hermosa,
ya ni la noche, ni la tarde clara,
ni el árbol, ni la flor nos enriquecen.
¿Qué nos da de calor la mano abierta,
de compañía la callada estancia,
del piano la voz desvanecida,
de la luz el brillar, de la presencia
el hálito fugaz que se evapora?

Pobres de amor, pasamos de camino
con la desilusión por compañera
y un preguntar que nadie nos responde
queda vibrando al aire del silencio;
y al aire van las voces y la pena
y todo el aire es un lugar de olvido.

¿Quieres amor? Más quiero la riqueza
de este seguro estar en mi pobreza.

**EUGENIO
FLORIT** (1903-1999)

Tomado del libro de Eugenio Florit,
Doble acento, (1930-1992) *Antología
poética*, Huerga y Fierro editores,
Madrid, 2002.



LA MENTIRA

Para tratar sobre un ensayo en torno al Arte de la mentira política. Se nos dice ahí que el diablo es el padre de las mentiras, y que fue un mentiroso desde el principio; de suerte que, sin lugar a dudas, la mentira es antigua y, es más, surgió por primera vez como mentira política, para socavar la autoridad de su príncipe y atraer a un tercio de sus súbditos fuera de su obediencia: motivo por el que fue echado del Paraíso, donde (según Milton) había sido virrey de la provincia occidental, y obligado a ejercer su talento en las regiones bajas sobre otros espíritus caídos, sobre los hombres pobres y engañados a los que aún hoy atrae cada día hacia sus pecados. [...]

La mentira política da y devuelve cargos; preside los comités electorales; hace agua cristalina de la ciénaga; convierte al ateo en santo y al libertino en patriota; se confía a los ministros extranjeros; y hace subir o precipitarse el crédito de la nación. Pero, aunque el diablo sea el padre de las mentiras, parece haber perdido, como sucede a otros grandes inventores, gran parte de su prestigio superado por las continuas mejoras realizadas por otros.

Quién fue el primero que hizo de la mentira un arte, y la aplicó a la política es algo que la historia, no obstante, mi diligente investigación, no aclara. De ahí que me limite aquí a estudiarla en su forma moderna, tal y como se ha venido cultivando estos últimos veinte años en la parte meridional de nuestra isla.

El poeta nos dice que cuando los dioses derrocaron a los monstruos, la tierra en venganza dio a luz a su última hija: la Fama. La fábula debe interpretarse como sigue: cuando los tumultos y las sediciones se acallan, los rumores y las noticias falsas circulan con profusión por la nación. Según esto, la mentira sería el último consuelo de los grupos derrotados, terrenales y rebeldes. Pero los modernos han aportado grandes mejoras al aplicar este arte también para hacerse con el poder y conservarlo, y no

sólo para vengarse cuando lo han perdido, al igual que los animales usan de sus mandíbulas de tanto en tanto para alimentarse cuando tienen hambre como para morder cuando se les acosa.

Esta genealogía, sin embargo, no siempre vale para la mentira política. Intentaré por tanto afinar el análisis refiriendo algunas circunstancias relativas a su nacimiento y paternidad. La mentira política puede nacer a veces de la cabeza del político derrotado y luego ser entregada a la chusma para que la cuide y mime. Otras veces nace deforme y se perfecciona con lametazos. También puede venir al mundo completamente hecha y las lengüetadas la echan a perder. A menudo, suele nacer niña y precisa de tiempo para crecer, pero también puede ver la luz hecha mujer para luego ir apagándose poco a poco.

Puede ser de noble cuna, mas también puede ser prole del especulador: en este caso, se desgañita al romper aguas; en el otro, llega como un susurro. Sé de una mentira cuyo ruido molesta a medio reino y que, aun siendo ahora demasiado orgullosa y grande para reconocer su paternidad, nació como un cuchicheo. Para concluir sobre la natividad del monstruo: cuando viene al mundo sin aguijón, nace muerto; y cuando pierde el aguijón, muere.

No sorprende que niña con tan milagroso nacer logre hazañas tan extraordinarias: no en vano ha sido el ángel de la guarda del partido en el poder durante casi veinte años. Puede conquistar reinos sin guerrear, y aun perdiendo alguna batalla. Da y devuelve cargos; hace de la montaña montículos y de los montículos montaña: durante años ha presidido los comités electorales; hace agua cristalina de la ciénaga; convierte al ateo en santo y al libertino en patriota; se confía a los ministros extranjeros y hace subir o precipitarse el crédito de la nación. Esta diosa vuela por los aires armada con un enorme espejo con el que deslumbra al gentío al que hace ver, según mueva el espejo, la ruina en su provecho y su provecho en la ruina.

JONATHAN SWIFT

(1667-1745)

Para leer: Jonathan Swift, *El arte de la mentira política*, José J. de Olañeta editor, Palma de Mallorca, 2013.



Nunca, ahora que la vida misma sucumbe, se ha hablado tanto de civilización y cultura. Y hay un raro paralelismo entre el hundimiento generalizado de la vida, base de la desmoralización actual, y la preocupación por una cultura que nunca coincidió con la vida, y que en verdad la tiraniza.

Antes de seguir hablando de cultura señalo que el mundo tiene hambre, y no se preocupa por la cultura; y que sólo artificialmente pueden orientarse hacia la cultura pensamientos vueltos nada más que hacia el hambre.

Defender una cultura que jamás salvó a un hombre de la preocupación de vivir mejor y no tener hambre no me parece tan urgente como extraer de la llamada cultura ideas de una fuerza viviente idéntica a la del hambre.

Tenemos sobre todo necesidad de vivir y de creer en lo que nos hace vivir, y que algo nos hace vivir; y lo que brota de nuestro propio interior misterioso no debe aparecérsenos siempre como preocupación groseramente digestiva. [...]

Si la confusión es el signo de los tiempos, yo veo en la base de esa confusión una ruptura entre las cosas y las palabras, ideas y signos que las representan.

No faltan ciertamente sistemas de pensamiento; su número y sus contradicciones caracterizan nuestra vieja cultura europea y francesa; pero, ¿dónde se advierte que la vida, nuestra vida, haya sido alguna vez afectada por tales sistemas?

No diré que los sistemas filosóficos deban ser de aplicación directa e inmediata; pero una de dos:

O esos sistemas están en nosotros y nos impregnan de tal modo que vivimos de ellos (¿y qué importan entonces los libros?), o no nos impregnan y entonces no son capaces de hacernos vivir (¿y en ese caso qué importa que desaparezcan?)

Hay que insistir en esta idea de la cultura en acción y que llega a ser en nosotros como un nuevo órgano, una especie de segundo aliento; y la civilización es la cultura aplicada que rige nuestros actos más sutiles, es espíritu presente en las cosas, y sólo artificialmente podemos separar la civilización de la cultura y emplear dos palabras para designar una única e idéntica acción.

Juzgamos a un civilizado por su conducta, y por lo que él piensa de su propia conducta; pero ya en la palabra civilizado hay confusión; un civilizado culto es para todos un hombre que conoce sistemas, y que piensa por medio de sistemas, de formas, de signos, de representaciones.

Es un monstruo que en vez de identificar actos con pensamientos ha desarrollado hasta lo absurdo esa facultad nuestra de inferir pensamientos de actos.

Si nuestra vida carece de azufre, es decir de una magia constante, es porque preferimos contemplar nuestros propios actos y perdernos en consideraciones acerca de las formas imaginadas de esos actos, y no que ellos nos impulsen.

Y esta facultad es exclusivamente humana. Hasta diré que esta infección de lo humano contamina ideas que debían haber subsistido como ideas divinas; pues lejos de creer que el hombre ha inventado lo sobrenatural, lo divino, pienso que la intervención milenaria del hombre ha concluido por corromper lo divino.

Todas nuestras ideas acerca de la vida deben reformarse en una época en que nada adhiere ya a la vida. Y de esta penosa escisión nace la venganza de las cosas; la poesía que no se encuentra ya en nosotros y que no logramos descubrir otra vez en las cosas resurge, de improviso, por el lado malo de las cosas: nunca se habrán visto tantos crímenes, cuya extravagancia gratuita se explica sólo por nuestra impotencia para poseer la vida...



NECESIDAD DE VIVIR

ANTONIN ARTAUD

(1896-1948)

Tomado del libro de Antonin Artaud,
El teatro y su doble, Grupo editorial Tomo, México, 2012.

FOTO: RICHARD AVEDON

En 1930 había escrito con Pierre Unik un guión basado en el libro *Cumbres borrascosas*. Como todos los surrealistas, me sentía muy atraído por esta novela y quería hacer una película de ella. La ocasión se presentó en México en 1953. Volví a tomar el guión, ciertamente uno de los mejores que he tenido entre mis manos. Por desgracia, me vi obligado a aceptar los actores contratados por Óscar para una película musical, Jorge Mistral, Ernesto Alonso, una cantante y bailarina de rumbas, Lilia Prado para interpretar el papel de una muchacha romántica, y una actriz polaca, Irasema Dillian, que, pese a su aire eslavo, debía hacer de hermana de un mestizo mexicano. Prefiero no hablar de los problemas que tuve que resolver durante el rodaje, para un resultado sumamente discutible.

En una escena de la película, un anciano leía a un niño un pasaje que, para mí, es el más bello de la *Biblia*, muy por encima del *Cantar de los Cantares*. Se encuentra en el *Libro de la Sabiduría* (2, 1-7), libro que no figura, ni mucho menos, en todas las ediciones. El autor de estas líneas admirables las pone en boca de los impíos. Basta con poner entre paréntesis las primeras palabras y leer:

(Pues neciamente se dijeron a sí mismos los que no razonan): Corta y triste es nuestra vida, y no hay remedio cuando llega el fin del hombre, ni se sabe que nadie haya escapado del hades.

Por acaso hemos venido a la existencia, y después de esta vida seremos como si no hubiéramos sido: porque humo es nuestro aliento, y el pensamiento una centella del latido de nuestro corazón.

Extinguido éste, el cuerpo se vuelve ceniza, y el espíritu se disipa como tenue aire.

Nuestro nombre caerá en el olvido con el tiempo, y nadie tendrá memoria de nuestras obras, y pasará nuestra vida como rastro de nube, y se disipará como niebla herida por los rayos del sol que a su calor se desvanece.

Pues el paso de una sombra es nuestra vida, y sin retorno es nuestro fin, porque se pone el sello y ya no hay quien salga.

Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes, démonos prisa a disfrutar de todos en nuestra juventud.

Hartémonos de ricos, generosos vinos, y no se nos escape ninguna flor primaveral.

Coronémonos de rosas antes de que se marchiten, no haya prado que no huelle nuestra voluptuosidad.

Ninguno de nosotros falte a nuestras orgías, quede por doquier rastro de nuestras liviandades, porque ésta es nuestra porción y nuestra suerte.

Ni una sola palabra que cambiar en esta lejana profesión de ateísmo. Creería uno estar leyendo la más hermosa página del Divino Marqués.

LUIS BUÑUEL

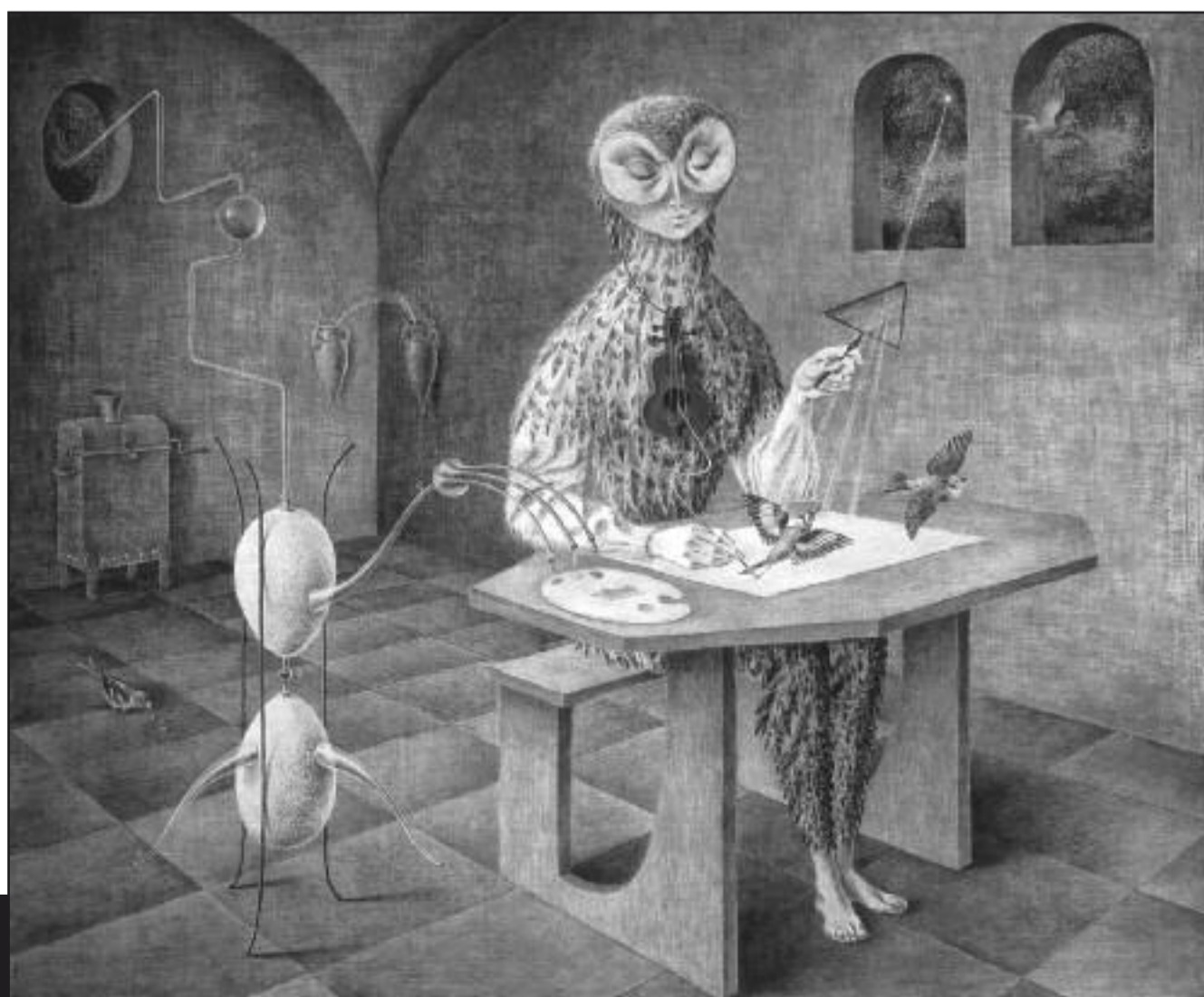
(1900-1983)

Tomado del libro de Luis Buñuel, *Mi último suspiro*, Editorial Plaza&Janes, Barcelona, 1982.

ABISMOS DE PASIÓN



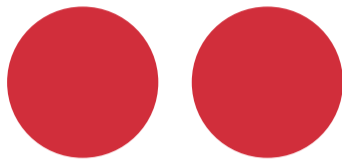
IMAGEN: REMEDIOS VARO, *LA CREACIÓN DE LAS AVES*, 1957



RECETA PARA PROVOCAR

INGREDIENTES:

- *Un kilo de raíces fuertes.*
- *Tres gallinas blancas.*
- *Una cabeza de ajos.*
- *Cuatro kilos de miel.*
- *Un espejo.*
- *Dos hígados de ternera.*
- *Un ladrillo.*
- *Dos pinzas para la ropa.*
- *Un corsé con ballenas.*
- *Dos bigotes postizos.*
- *Sombreros al gusto.*



MODO DE PREPARACIÓN:

Se despluman las gallinas, conservando cuidadosamente las plumas. Se ponen a hervir en dos litros de agua destilada o de lluvia sin sal y con la cabeza de ajos pelados y molidos. Se deja hervir a fuego lento.

Mientras hierven las aves, colóquese la cama oriental de noroeste a sudeste y déjese reposar con la ventana abierta. Ciérrase la ventana media hora después y colóquese el ladrillo rojo bajo la pata izquierda de la cabecera de la cama, que debe estar al noroeste. Déjese reposar.

Mientras reposa la cama, rállese directamente sobre el caldo la raíz fuerte, teniendo cuidado de que las manos estén constantemente impregnadas por el vapor. Revuélvase y déjese hervir.

Se toman los cuatro kilos de miel y se extienden con una espátula sobre las sábanas de la cama. Tómense las plumas de las gallinas y espárzanse sobre las sábanas embadurnadas de miel. Tiéndase la cama con cuidado. No es indispensable que las plumas sean blancas, pueden también usarse de color, pero hay que evitar las llamadas gallinas de Guinea, pues éstas producen a veces un estado ninfomaniaco de larga duración o graves casos de priapismo.

Póngase el corsé bastante apretado. Siéntese ante el espejo, afloje su tensión nerviosa, sonría, pruébese los bigotes y los sombreros según sus gustos (tricornio, napoleónico, capelo cardenalicio, cofia con encajes, boina vasca, etcétera). Ponga en un platito las dos pinzas para ropa y déjelo junto a la cama. Entíbiense al baño María los hígados de ternera teniendo mucho cuidado de que no lleguen a hervir. Colóquense los hígados tibios en lugar de la almohada (en casos de masoquismo) o en ambos lados de la cama, al alcance de las manos (en casos de sadismo).

A partir de ese momento, todo debe terminar de hacerse a gran velocidad, para impedir que los hígados se enfríen. Corra y vierta el caldo (que debe estar muy reducido) en una taza. Regrese con ella apresuradamente ante el espejo, sonría, beba un sorbo de caldo, pruébese un bigote, beba otro sorbo, pruébese un sombrero, beba, pruébese todo, tome sorbitos entre prueba y prueba y hágalo todo tan velozmente como sea capaz. Ya ingerido el caldo, corra a la cama, acuéstese entre las sábanas preparadas, tome rápidamente las pinzas para la ropa e introduzca en cada una de ellas el dedo pulgar del pie. Estas pinzas deben conservarse toda la noche y colocarse en un ángulo de 45° en relación con el dedo, oprimiendo fuertemente la uña.

Esta sencilla receta da siempre buenos resultados y las personas normales pueden ir placenteramente del beso a la estrangulación, etcétera, etcétera. Las recetas para casos más complicados, como son los de necrofilia, autofagia, tauromaquia, alpinismo y otros, se encuentran en un volumen especial de nuestra colección: Consejos discretamente sanos.

REMEDIOS VARO

(1908-1963)

Para leer: Remedios Varo, *Cartas, sueños y otros textos*, Ediciones Era, México, 1997.

REINA DE LA BELLEZA

Ella no quería ser reina de la belleza, pero quiso la suerte que ahora estuviera a punto de convertirse en una.

Hubo unos minutos ociosos entre el desfile y el anuncio del resultado, así que los amigos y familiares se congregaron alrededor de las chicas para darles la enhorabuena y cruzar los dedos. Los pequeños grupos que se habían formado le recordaban a Bárbara unas ruedas de regaliz: una chica en traje de baño almibarado —de un rosa o un azul brillante— en el centro; un remolino de gabardinas negras o marrón oscuro rodeándola. Era un día frío y húmedo de julio en South Shore Baths, y las concursantes tenían las piernas y los brazos llenos de manchas y bultitos. Parecían pavos colgando del escaparate de una carnicería. Sólo en Blackpool, pensó Bárbara, se puede ganar un concurso de belleza con ese aspecto.

Bárbara no había invitado a ningún amigo, y su padre se negaba a acercarse para hacerle compañía, así que estaba completamente sola. Su padre estaba sentado en una tumbona, haciendo que leía el *Daily Express*. Juntos habrían formado una rueda de regaliz de mal gusto, comida a medias, pero aun así habría apreciado que se hubiera acercado a estar con ella. Al final fue ella la que se acercó a él. Dejar a las demás chicas le hizo sentirse medio desnuda y torpe, en lugar de desenvuelta y glamorosa, y tuvo que pasar por delante de un montón de espectadores que le silbaban. Cuando llegó a donde su padre, en la parte menos honda de la piscina, seguramente estaba mucho más furiosa de lo que habría querido estar.

—¿Qué estás haciendo, papá? —le siseó.

La gente sentada cerca de él, aburrida, en su mayoría gente entrada en años de vacaciones, de pronto se puso rígida y llena de excitación. ¡Una de las chicas! ¡Justo enfrente de ellos! ¡Regañando a su padre!

—Oh, hola, cariño.

—¿Por qué no quieres venir a estar conmigo?

Su padre se quedó mirándola fijamente como si le hubiera preguntado el nombre del alcalde de Tombuctú.

—¿No has visto lo que hacían todos los demás?

—Sí. Pero no creo que eso esté bien. A mí no me lo parece.

—¿Qué es lo que te hace tan diferente?

—Un hombre soltero, volviéndose... loco en medio de un montón de chicas guapas con muy poca ropa encima. Me quedaría agarrotado.

George Parker tenía cuarenta y siete años; y era gordo y estaba avejentado antes de tener el menor derecho a estarlo. Llevaba sin pareja más de diez años, desde que la madre de Bárbara le dejó por su jefe de la delegación de Hacienda, y Bárbara se dio cuenta de que si se acercaba demasiado a las otras chicas se iba a alterar en grado sumo.

—Bueno, ¿y por qué vas a tener que volverte loco? —le preguntó—. ¿No podrías estar allí sin más, hablando con tu hija?

—Vas a ganar, ¿verdad? —dijo él.

Bárbara intentó no sonrojarse, pero fracasó. La gente de vacaciones que podían oírles habían dejado de fingir que hacían punto o leían el periódico. Lo que hacían ahora era mirarla con la boca abierta.

—Oh, no lo sé. No lo creo —dijo.

Lo cierto es que sí lo sabía. El alcalde se había acercado a ella y le había susurrado: «Bien hecho» al oído, y le había dado unas discretas palmaditas en el culo.

—Déjate de tonterías. Eres millones de veces más guapa que las otras. Toneladas.

Por alguna razón, y aunque aquél era un concurso de belleza, la belleza superior de su hija parecía irritarle. Nunca le había gustado que se exhibiese demasiado, ni siquiera cuando hacía reír a amigos y familiares representando una parodia rutinaria en



la que se mostraba corta de luces o aturdida o torpe. Seguía siendo exhibirse. Hoy, sin embargo, en que la exhibición lo era todo, la única meta, Bárbara imaginó que su padre la perdonaría, pero qué va. Si tienes que participar por fuerza en un concurso de belleza, parecía querer decir, al menos podías tener el detalle de parecer más fea que las demás.

Bárbara hizo como que lo que había oído era una muestra de orgullo paterno, para no confundir a quienes estaban escuchándoles.

—Es una maravilla, un papá ciego —dijo para los alelados oyentes—. Toda chica debería tener un papá ciego.

No es que fuera lo mejor que podía decirse, pero lo dijo con una cara completamente seria, y obtuvo una risotada mayor de lo que merecía. A veces lo que funcionaba era la sorpresa, y a veces la gente se reía porque era lo que estaba deseando hacer. Ella pensaba que entendía las dos cosas, pero era un concepto quizá algo confuso para la gente que no se tomaba la risa en serio.

—No soy ciego —dijo George tajantemente—. Mira.

Se dio la vuelta y abrió mucho los ojos en dirección a quienquiera que pudiera interesarle.

—Papá, tienes que dejar de hacer eso —dijo Bárbara—. Asustata a la gente, un ciego mirando fijamente con los ojos saltones.

—Usted... —Su padre apuntó de forma poco cortés a una señora que llevaba un impermeable verde—. Usted lleva puesto un impermeable verde.

Una mujer entrada en años que estaba en la tumbona de al lado se puso a aplaudir, sin saber muy bien si George acababa de curarse de una vida de aflicción en aquel mismo momento, o si estaba ejecutando algún brillante truco de magia.

—¿Cómo iba a saberlo si fuera ciego?

Bárbara veía que su padre empezaba a divertirse. Muy de cuando en cuando era posible convencerle de que hiciera el papel del tipo serio en una pareja de cómicos, y podría haber seguido descri-

biendo lo que veía indefinidamente si el alcalde no se hubiera acercado hasta el micrófono y se hubiera aclarado la garganta.

Fue la tía Marie, la hermana de su padre, quien le sugirió que se presentara al concurso de Miss Blackpool. Marie fue a casa un sábado por la tarde a tomar el té, porque coincidió que estaba de paso, y, como si tal cosa, introdujo en la conversación el asunto del concurso; luego, de pronto, se le ocurrió preguntar a su sobrina por qué no lo había intentado nunca, mientras su padre seguía allí sentado asintiendo con la cabeza y fingiendo pasarse ante la brillantez de la idea. Bárbara se quedó perpleja unos instantes, antes de caer en la cuenta de que los dos estaban confabulados y habían urdido un plan. El plan, hasta donde ella alcanzaba a adivinar, era el siguiente: Bárbara participaba en el concurso, lo ganaba y se olvidaba de su proyecto de mudarse a Londres. Porque ya no tendría necesidad de hacerlo. Sería famosa en su ciudad natal, ¿y quién podía pedir más? Luego podría intentar competir para Miss Reino Unido, y si no le salía bien podría conformarse con pensar en casarse, lo cual, de algún modo, sería otra coronación. (Y eso también formaba parte del plan del concurso de belleza, estaba segura. Marie se mostraba desdeñosa con Aidan; pensaba que Bárbara podía aspirar a más, a alguien más rico, en cualquier caso, y a las reinas de la belleza se les presentaban muchas posibilidades de elección. Dotty Harrison se había casado con un hombre que tenía siete tiendas de alfombras, y sólo había quedado tercera.)

NICK HORNBY

(1957-)

Tomado del libro de Nick Hornby, *Funny Girl*, Anagrama, Barcelona, 2016.

NUESTRA CEGUERA



Somos víctimas de la ceguera, una ceguera de la que está escrito que nos afectará antes del fin de los tiempos. De hecho, ya no reconocemos desde hace mucho, la esencia y el aspecto de las cosas con que nos encontramos. Lo mismo que quienes padecen una ceguera física, tenemos sólo nombres para todas las cosas de este mundo que ya no vemos. ¡Nombres! ¡Nombres! Sonidos sin forma, ropajes vacíos para fenómenos irrepresentables, es decir, sin cuerpo y sin vida. ¿Son formas? ¿Son sombras? El ciego no distingue unas de otras. Nosotros, los ciegos, no las diferenciamos. Damos nombres falsos a cosas verdaderas. En nuestros pobres cerebros resueñan sonidos huecos; ya no sabemos con exactitud qué nombre ha de llevar cada cosa. No reconocemos formas, colores ni dimensiones. Sólo tenemos los nombres y las designaciones para las formas, los colores y los tamaños. Como nos hemos vuelto ciegos, empleamos de manera equivocada nombres y designaciones. Llamamos pequeño a lo grande, y grande a lo pequeño. A lo negro, blanco; y a lo blanco, negro; a las sombras, luz; y a la luz, sombras; a lo vivo, muerto; y a lo muerto, vivo. Así, nombres y designaciones pierden contenido y significado. Es peor que en tiempos de la torre de Babel. Lo único confuso eran entonces las lenguas, y uno no se entendía con otro porque cada cual llamaba a las mismas cosas de forma distinta. Hoy, sin embargo, todos hablamos una lengua igual pero falsa, y todas las cosas tienen las mismas denominaciones, pero erróneas. Es como si se hubiera construido una torre de Babel horizontal. Pero los ciegos, que no conocen su tamaño, creen que esa torre es vertical y va creciendo más y más; y que todo está en orden, pues todos se entienden en buena armonía, a pesar de que en asunto de medidas, formas y colores de las cosas entienden tanto como los ciegos; es decir, emplean equivocadamente y al revés las denominaciones utilizadas en origen de forma correcta y ajustadas a los fenómenos de este mundo: a lo elevado llaman bajo; y a lo bajo, elevado; a lo descollante, postrado; y a lo postrado, descollante. En efecto, un ciego no sabe qué es alto y qué bajo. En tiempos de la torre de Babel, lo único confuso eran las lenguas y los oídos de la gente. Al menos, unos cuantos de sus albañiles podían entenderse todavía con la mirada, con el lenguaje de los ojos, espejo del alma, según dicen. Pero ahora, los ojos de los hombres están cegados (y las lenguas son sólo siervas, pues, en la jerarquía de los sentidos humanos, los señores son los ojos). [...]

JOSEPH ROTH

(1894-1939)

Tomado del libro de Joseph Roth, *El anticristo*, Capitán Swing Libros, Madrid, 2014.

FOTO: TIMOTHY WARD